

# ITALIA, ENTRE EL CASO MORO Y EL CASO SCIASCIA

JOAQUIN RABAGO

**E**l 9 de mayo de 1978 aparecía el cadáver de Aldo Moro en el interior de un automóvil aparcado en la calle Michelangelo Caetani, de Roma. El lugar elegido por los secuestradores del presidente de la DC, equidistante de las sedes del PCI, en vía delle Botteghe Oscure, y de la Democracia Cristiana, en piazza del Gesù, adquiría de pronto valor de símbolo. El recuerdo sin vida de Moro se convertía, aunque sólo fuera en las intenciones de los "brigatisti", en el cadáver del compromiso histórico.

Casi seis meses después de aquél macabro hallazgo, que sacudió de su letargo a la opinión pública italiana y no italiana, el viernes 27 de octubre exactamente, el Parlamento daba consensual carpetazo, al menos por el momento, al tema Moro, tras un superficial e insípido debate. Había necesidad general por parte de los partidos de la mayoría de dar por terminado un enojoso asunto que, además de resultar comprometedor para tirios y troyanos, corría el peligro de envenenar la vida política y el clima social del país. Tan apresurada y chapucera conclusión del debate Moro no podía satisfacer, sin embargo, a un sector importante de la opinión pública y a una pequeña parte de la prensa no partidista. Quedaban demasiados hilos sueltos, demasiadas preguntas sin respuesta; subsistían excesivas contradicciones.

Porque entre las dos fechas citadas se había producido un hecho importante que habría podido servir, al menos en teoría, para atar bastantes cabos: la detención —al 1 de octubre—, en sus escondites de Milán, de cinco importantes "brigatisti", entre ellos Nadia Mantovani, una "histórica" de las Brigadas Rojas, procesada en Turín junto al dirigente Renato Curcio, y que, tras permanecer algún tiempo en libertad vigilada, había conseguido volver a la clandestinidad.

La operación relámpago de la Policía, llevada a cabo bajo la dirección del general de carabinieri Carlo Alberto Dalla Chiesa, condujo al hallazgo, junto a una

curiosa biblioteca, en la que figuraban títulos como éstos: "Diálogos de prófugos", de Bertolt Brecht; una edición lujosa de "las armas de fuego", "Tir au revolver en 10 leçons", "Multinacionales y comunicaciones de masas", "Explosivos y modos de fabricarlos", etc., de una serie de documentos que venían a dar al traste con algunas de las hipótesis que se habían manejado a lo largo de los cincuenta y cuatro días que duró el cautiverio del presidente de la DC, sobre todo en cuanto a su paternidad de las cartas por él enviadas. Documentos referidos al caso Moro en concreto, pero también a las actividades y a la propia estructura organizativa de las Brigadas Rojas.

El más importante de los documentos encontrados es el llamado "dossier Moro", consistente en más de cincuenta folios mecanografiados en los que aparecen, resumidas por los "brigatisti", las respuestas dadas por Moro durante el largo interrogatorio a que fue sometido por sus secuestradores. Moro hubo de contestar preguntas sobre temas tan espinosos como el "putsch" frustrado de 1964, la SIFAR, la matanza de piazza Fontana, la estrategia de la tensión, las bombas del 69, la Alianza Atlántica, la Trilateral, etc.

Parece ser que el "dossier" que las Brigadas Rojas pensaban publicar en el momento en que en el Parlamento se iniciara el debate Moro contenía igualmente una explicación de las razones por las que el grupo terrorista había elegido al presidente de la DC como blanco, una serie de consideraciones autocríticas de los "brigatisti", decepcionados por no haber sabido ganar para su causa a ciertos grupos extraparlamentarios como el Movimiento o Autonomía Operativa, así como la valoración, hecha por Moro, del comportamiento de las fuerzas políticas y sus líderes durante el secuestro, y revelaciones del político democristiano sobre ciertos acuerdos por los que los servicios secretos de los países de la NATO y los de Israel tienen carta blanca para operar en territorio italiano.

Pero aquí es donde, según al-

gunas publicaciones, entre ellas, *L'Espresso*, comenzaba la manipulación. El "dossier" completo con la autocritica y la valoración política de las Brigadas Rojas no ha aparecido por ningún lado. Y el distribuido oficialmente por el sucesor de Cossiga en el Ministerio del Interior, Rognoni, omite las citadas revelaciones sobre las facilidades ofrecidas a los citados servicios secretos israelíes, así como los juicios de valor de Moro sobre el comportamiento de los partidos de la mayoría parlamentaria. Además, en el "dossier" oficial se manipula el orden cronológico, con lo que aparecen sospechosas interrupciones del hilo discursivo, tendientes sobre todo a desorientar al posible lector. Por otro lado, ¿existen, como parece ser, varios "dossiers", cada uno de los cuales había sido hallado en un refugio distinto de las Brigadas Rojas? Porque algún periódico como *Il Manifesto* ha publicado extractos de los interrogatorios que no aparecen para nada en el "dossier" oficial. Si existen, ¿cómo es que algunos periódicos han tenido acceso a un material que se suponía bajo sumario? ¿Dónde está el documento con el texto completo del interrogatorio, que era el destinado a publicación por los "brigatisti" y que, por cierto, no se menciona siquiera en las actas de los registros efectuados por los carabinieri en Milán?

Nada de esto se aclaró en el debate parlamentario sobre el caso Moro, que fue ostensiblemente ignorado por buena parte de los diputados. Era como si la siciliana ley de la "omertà" hubiese proyectado un instante su sombra de silencio sobre la Cámara romana. Oficialmente, pues, el caso parece estar archivado. Como se archivó en su momento, en USA, el caso Kennedy. Sin embargo, el sector más consciente de la opinión pública italiana no se da, ni mucho menos, por satisfecho.

## Un escritor frente al poder

Pero si hay alguien en Italia que no cree en verdades oficia-

les, es el narrador siciliano Leonardo Sciascia. Nadie como él ha contribuido a mantener vivo el fuego de un debate que corría el peligro de agotarse entre la mixtificación y el conformismo. Hasta el punto de que hoy no es ya posible hablar del "caso Moro" sin referirse inmediatamente al "caso Sciascia".

Era natural que la pasión y muerte del presidente de la DC interesase al autor de "El contexto" y "La desaparición de Majorana". El caso tenía todos los ingredientes que Sciascia precisaba: la intriga policíaca, en primer lugar; el tema de la corrupción y la intransigencia del poder, y el problema tan pirandelliano, pero en cierto modo también borgiano, de la identidad real del personaje: ¿era el Moro de las cartas a sus ex amigos de la DC el Moro artífice del compromiso histórico entre democristianos y comunistas?

Basándose únicamente en las informaciones suministradas por la prensa —textos de algunas cartas de Moro a políticos democristianos y a su familia, declaraciones de amigos del presidente de la DC, etc.—, Sciascia trataría de contraponer otra verdad, "la verdad real de las cosas", según fórmula de su compatriota Maquiavelo, a la "verdad" interesada y falsamente tranquilizadora del poder. En su retiro siciliano de Racalmuto, durante algunos días de julio y agosto pasados, el novelista iba a tratar de dar forma literaria a esa verdad, a la que el artista sólo puede llegar si cumple, según definición del propio Sciascia, ciertas condiciones, como son: "la independencia, el aislamiento, la ausencia de vínculos con cualquier tipo de poder constituido, la indiferencia frente a todo chantaje económico, ideológico, cultural y aun sentimental". Su "j'accuse" particular se llama sencillamente "L'affare Moro" ("El asunto Moro"), y acaba de publicarse de modo casi simultáneo en Italia y Francia.

Mientras ciertos periódicos y parte de la opinión pública, influida por los partidos gobernantes y la propia prensa, continuaban aferrados a la idea de que Moro sólo pudo escribir las car-

tas que escribió desde la cárcel del pueblo bajo el efecto de torturas físicas o por lo menos psicológicas, Sciascia, siguiendo en su opúsculo el camino opuesto, iba a negar cualquier solución de continuidad entre el Moro maniobrero y político de las negociaciones con los comunistas y el Moro abatido y trágico de la cárcel del pueblo.

fender por encima de todo el Estado democrático a fin de desahuciar al Moro político que ya no les interesa y de paso también al Moro hombre. No sólo la corrompida y corruptora DC es blanco de los ataques de Sciascia, sino que éste se muestra especialmente duro con el PCI, al que acusa de repudiar hipócritamente a quienes son, quéralo o

cer saltar las estructuras políticas italianas, y su función, según Sciascia, se limita a modificar las relaciones de fuerza entre los partidos: es decir, a interrumpir la conjunción PCI y DC, aunque el efecto luego pueda ser justamente el opuesto. Pues para Sciascia, el PCI ha acabado por convertirse en un contrapoder tan enormemente conservador y

como de las leyes por las que se rige siempre un Estado democrático. El novelista se ha defendido de tal acusación, tachando a su vez de "qualunquistas" a quienes desean un Estado fuerte e inflexible. Otros, entre ellos el también novelista Moravia, no están de acuerdo con la valoración que hace Sciascia de la grandeza humana de su personaje. ¿Por qué éste insiste una y otra vez en sus cartas en que hay que salvarle la vida, pues su familia le necesita? ¿Por qué, se pregunta Moravia, en *L'Espresso*, esa insistencia "privada" en una circunstancia que es "política", aunque lo sea trágicamente? En opinión de Moravia, además, los "brigatisti" son moralistas con pistola que "confunden el carácter absoluto de la religión con el relativismo de la política".

Para algunos, Sciascia confía excesivamente en la pureza revolucionaria de los "brigatisti" y no concede apenas importancia al hecho de que pueda haber infiltraciones y manipulaciones. Otros críticos niegan que la elección del Moro cautivo de las Brigadas sea una elección ideológica. Si obró como lo hizo, si manifestó su intención de dejar los bancos de la DC, si es que era finalmente liberado, para integrarse en el grupo mixto y desde allí exponer las razones del partido armado, fue porque pensaba que ésa era la única forma de salvar el propio pellejo. El Estado ya se encargaría él mismo de salvarlo una vez libre.

¿Idealiza Leonardo Sciascia a Moro como idealiza a las Brigadas Rojas? ¿Esa "indiferencia frente a todo chantaje económico, ideológico, cultural y aun sentimental" de la que se jacta, le permite tener suficientemente en cuenta los condicionamientos reales, internos y externos, que pesan sobre el PCI, limitando continuamente su campo de maniobra y frenando incluso su propio proceso democratizador? ¿Es posible hablar de actos intrínsecamente revolucionarios sin considerar al mismo tiempo las respuestas contrarrevolucionarias que esos mismos actos pueden engendrar? Aunque, de modo inverso, ¿se puede utilizar el peligro de semejante respuesta contrarrevolucionaria como coartada para no cambiar nada? Estas y muchas otras preguntas plantea el último libro de Sciascia. Ante ellas no cabe ninguna actitud maniquea. ■



El tema del secuestro y posterior asesinato del que fuera presidente de la Democracia Cristiana, Moro (izquierda), tenía todos los ingredientes para interesar al escritor siciliano Leonardo Sciascia.

Según Sciascia, no se podía hablar de Moro como de un gran estadista que hubiese perdido de pronto el sentido del Estado. Lejos de reflejar locura o miedo, sus cartas, de cuya autenticidad Sciascia no duda un momento —y el material encontrado en Milán iba a darle la razón—, demuestran una extraordinaria lucidez y son fruto evidentemente de una maduración profunda del personaje, cuando, en su cautiverio, se siente por fin trágicamente libre de ataduras y compromisos. Y hay, para el autor siciliano, una espléndida verdad en esas palabras con que Moro repudia a sus amigos de otro tiempo: "Siento un placer inmenso al haberlos perdido, y deseo que todos os pierdan con la misma alegría con que yo lo he hecho (...)".

Sciascia aparece, pues, en su panfleto tan convencido de la sinceridad de su personaje como de la hipocresía de unos partidos que no quieren reconocerse en el espejo que aquél les coloca ante sus ojos y que se refugian en el argumento de que es preciso de-

no, sus nietos. Porque Sciascia no parece abrigar muchas dudas sobre el carácter revolucionario de las Brigadas Rojas.

Hace ya cuatro años, cuando el secuestro del juez genovés Mario Sossi, en vísperas del referéndum sobre el divorcio, había escrito Sciascia: "¿El hecho de no reconocer la acción de las Brigadas Rojas como revolucionaria, no representa acaso un síntoma del cambio de relación entre las clases proletarias y revolucionarias, tal y como están hoy por hoy representadas y tal y como el poder y el Estado se las presentan?". Y añadía: "¿Cabe hablar todavía de revolución si el gesto revolucionario es temido por las fuerzas mismas que debían engendrarlo (...)?".

Aun sin excluir "a priori" la existencia de lazos con el terrorismo internacional, Sciascia afirma la naturaleza italiana de las Brigadas Rojas e incluso reconoce en sus acciones ciertos métodos propios de la mafia. Naturalmente, las Brigadas Rojas no son capaces de provocar un levantamiento popular ni de ha-

cómplice del Estado como el poder democristiano, al que contribuye cada vez más activamente a apuntalar.

Por otro lado, la negativa a negociar con las Brigadas, la inflexibilidad frente a los secuestradores, demuestra, en opinión del autor de *Todo Moro*, no la fortaleza, sino más bien la debilidad del Estado italiano. Sólo los Estados débiles se permiten ese terrible rigor en la interpretación de sus leyes. Y esa negativa es aún más grave cuando —según ciertas filtraciones— las Brigadas estaban dispuestas al final al canje de su secuestrado por un solo "brigatista" en lugar de los trece que originalmente se pedían.

Un panfleto como éste de Sciascia tenía forzosamente que provocar polémicas. Y lo hizo aun antes de ser publicado íntegramente. Hay, por ejemplo, quien ha acusado a su autor de "qualunquismo", de mentalidad pequeño-burguesa, por su defensa a ultranza de una vida humana con absoluto olvido de todo contexto político y social, así